

### RIENZI.

#### EL ÚLTIMO TRIBUNO.

—¡Pocas chanzas! gritó con arrogancia Orsini? ¡Te atreves á hacer objeto de burla la catástrofe que ha cubierto de luto á mi familia? ¡Por san Francisco! Ya que tanto te agradan los chistes desearia que tú solo fueras objeto de ellos. ¿No te he visto por ventura reir sentado á la mesa del tribuno de sus groseros epigramas? Hubieras merecido ser ahorcado diez veces por tu simpleza.

—Mas vale reir que temblar, replicó Savelli.

—¿Tiemblo yo acaso? exclamó el baron.

—¡Haya paz, señores! dijo el veterano de la nobleza con cierta dignidad que tenia algo de impaciencia. ¿Nos hallamos acaso con tanta holgura que podamos suscitar domésticas querellas? Paciencia, señores, es preciso sufrir y aguardar en silencio.

—Sois mas paciente que nosotros, señor Colonna, dijo el sarcástico Savelli. Vuestra casa va á guarecerse á la sombra de la del tribuno, pues cuando el señor Adriano regrese de Roma vais á emparentar con el hijo de la posadera.

—Bien pudiérais haber economizado esa punzante burla, dijo el anciano Colonna conmovido. Sabe el cielo cuán repugnante me ha sido esa idea. No obstante, me lamento de la ausencia de Adriano, porque posee el don de moderar al tribuno y de trazarme la senda de mi conducta cuando se extravía mi razon al impulso de las pasiones. Me parece que desde su partida somos mas rebeldes y pertinaces, sin que por eso hayamos adquirido un átomo mas de fuerza. Por lo demas, dejemos pasar la borrasca, y vivid seguros de que aun cuando mi propio hijo hubiera contraido matrimonio con la hermana del tribuno, eso no me impediría dar en ocasion conveniente un golpe decisivo para restablecer el antiguo orden de cosas, cual cumple á mi nacimiento: mas no me aventuraré á obrar sin ver otro resultado probable que la pérdida de mi cabeza.

Savelli, que habia hablado en voz baja con Reinaldo Frangipani, tomó la palabra y dijo:

—Noble príncipe, escuchadme. Por el enlace próximo de vuestro dendo, por vuestra edad venerable y por vuestra intimidad con el Papa, estais obligado á observar una conducta mas mesurada que nosotros; dejadnos trazar el rumbo de esta empresa y vivid seguros de que seremos cautos.

Stefanello, mancebo á la sazón y que fué mas tarde representante de la rama principal de los Colonnas, y á quien se verá figurar todavía en el curso de esta historia, jugueteaba al rededor de las rodillas de su abuelo. Miró á Savelli en ademán desdeñoso diciéndole:

—Mi abuelo es demasiado prudente y vos sobrado tímido: Frangipani anda muy suave y Orsini parece un toro acosado de moscas. Quisiera yo tener uno ó dos años mas.

—¿Y qué hariais, gracioso y lindo censor? dijo Savelli mordiéndose su risueño labio.

—Daria de puñaladas al tribuno con mi propia mano, y en seguida me iria á Palestina.

—De este huevo saldrá una serpiente formidable, dijo Savelli. ¿Y por qué aborreceis con tal encono al tribuno, precioso basilisco?

—Porque ha consentido que un insolente tendero ponga en la cárcel á mi tío Agapito por deudas. Hace diez años que debia no sé qué suma, y aun cuando no hay en Roma casa que haya debido mas que la nuestra, esta es la primera vez que un pícaro acreedor se atreve á reclamar su crédito de otro modo que con el gorro en la mano y la rodilla en tierra. Y no tengo reparo en decir que no desearia conservar la vida para ser baron si habian de cometer conmigo tamaña insolencia.

—Hijo mio, dijo el anciano Colonna sonriéndose, veo que la dignidad de tu raza no padecerá mancilla en tus manos.

—Ademas, continuó el mancebo alentado por la aprobacion que obtenian sus palabras, si tuviera tiempo descargaría con todo mi corazon otro golpe sobre.....

—¿Sobre quién? preguntó Savelli observando que el mancebo se habia detenido de repente.

—Sobre mi primo Adriano. Baldon suyo es haber pensado en elegir para esposa á una mujer cuyo nacimiento apenas la consentiria ser dama de un Colonna.

—Vete á jugar, hijo mio, vete á jugar, dijo el anciano Estéban alejando de sí al mancebo.

—Basta de charla, gritó con aspereza Orsini. Decidme, señor Esteban, al entrar en vuestro palacio he visto á un conocimiento antiguo, á uno de vuestros antiguos mercenarios, que salia sin duda de veros. ¿Puedo preguntaros cual es la mision que aqui le ha traído?

—¡Ahl sí, en efecto: era el enviado de Fra Moreale. Escribí á este caballero echándole en cara su deserccion á mi infortunada vuelta de Corneto, y poniendo

en su noticia que en la ocasion presente le serian pagadas quinientas lanzas á buen precio.

—Muy bien, dijo Savelli. ¿Y cuál ha sido su respuesta?

—Artificiosa, evasiva: está pródigo de cumplimientos y de promesas; mas anuncia que por ahora se halla comprometido con el rey de Hungría, cuya causa está pendiente en el tribunal de Rienzi: teme que Roma se halle igualmente dividida entre los patricios y el pueblo, y que el partido que aspire á la dominacion no pueda alcanzarla sino llamando á un podestá; y aun indica nuestro provenzal que ese título podria convenirle.

—¡Montreal nuestro podestá! exclamó Orsini.

—¿Y por qué no? dijo Savelli; un podestá bien nacido valdria tanto por lo menos como un tribuno de baja esfera; mas espero que podamos pasarnos sin el uno y sin el otro. Colonna, ¿ha salido de la ciudad ese mensajero de Fra Moreale?

—Creo que no haya salido todavia.

—No, dijo Orsini; acabo de encontrarle. Es Rodolfo el sajón, uno que estuvo á sueldo de Colonna, el cual hizo algunas viudas entre mis parciales en nuestros buenos tiempos. No obstante, me he acercado á él, presumiendo que podria sernos de algun provecho, y le he mandado que me aguarde en mi palacio.

—¡Bien pensado! dijo Savelli como distraído, y sus ojos se encontraron con los de Orsini.

Terminóse en seguida esta conferencia, donde se habia hablado mucho y resuelto poco; mas Lucas Savelli, deteniéndose un instante en el pórtico, rogó á los Frangipanis y á los demas barones que se encamináran al palacio de Orsini.

—Si el anciano Colonna no chochea, dijo, le falta muy poco. Adoptemos un partido decisivo sin contar con él, y su hijo le representará entre nosotros.

Estas palabras fueron proféticas. Media hora de consulta con Rodolfo de Sajonia bastó para que vagas ideas se transformasen en un plan bien combinado.

#### CAPÍTULO V.

##### La vela de las armas.



Al ponerse el sol del siguiente dia fue llamada Roma á gozar del espectáculo mas imponente de que habia sido testigo aquella ciudad imperial desde la caida de los Césares. Un antiguo privilegio del pueblo de Roma permitia conferir la orden de caballeria á sus ciudadanos. Veinte años antes de la época á que aludimos habian recibido este honor popular un Orsini y un Colonna: Rienzi, que aspiraba á que esta ceremonia fuese prelude de otro acto mas importante, reclamó de los romanos distincion tan honorífica. Desde el Capitolio á la iglesia de Letran se veia caminar procesionalmente cuanto encerraba la ciudad de noble, de hermoso y de valiente. Iba delante una inmensa tropa de caballeros de las provincias limítrofes con trajes propios de la fiesta. Seguian trompetas y músicos de todas clases: los instrumentos de los primeros eran de plata: venian despues gallardos mancebos llevando los arneses recamados de oro del caballo destinado al nuevo caballero, y precedian la marcha de las nobles matronas romanas. El deseo de figurar, acaso tambien su admiracion hácia un triunfante renombre, les habia hecho olvidar la oscurecida grandeza de sus esposos. Nina y la dulce Irene eclipsaban con su hermosura la de aquel conjunto de damas. Seguian detras el tribuno y el vicario del Papa, rodeados de los mas insignes señores de la ciudad, que sofocando su resentimiento y su menosprecio luchaban tenazmente sobre quién se acercaria mas al monarca del dia.

Solo el anciano Colonna caminaba á distancia vestido con afectada sencillez; mas ni su edad, ni su categoria, ni su antigua reputacion en la guerra y en el manejo de los negocios, pudieron valerle una de las muchas aclamaciones prodigadas al mas insignificante noble á quien se dignaba otorgar el gran tribuno una sonrisa. Savelli era el que iba mas cerca del tribuno y el que se mostraba mas obsequioso entre aquella banda de cortesanos. Caminaban dos hombres delante de Rienzi, llevando el uno una espada desnuda, y el otro un estandarte ó pendon inherente á la magestad. Vestia el tribuno una toga de seda bordada de oro, cuya maravillosa blancura cita con particular encomio su biógrafo. Brillaban sobre aquellos símbolos misticos ya mencionados y cuya significacion exacta nunca fué conocida sino del que los llevaba. Sus perspicaces ojos y su ancha frente, bajo la cual parecia que durmiese su pensamiento, como antes de estallar duerme la borrasca, revelaban un espíritu enteramente absorto en la pompa que le rodeaba; mas por momentos salia de su éxtasis y conversaba, ya con Raimundo, ya con Savelli.

(Continuará).



